

# Tony Tulathimutte

Rechazo



AdN

# **Tony Tulathimutte**

## Rechazo

Traducido del inglés por Manuel Cuesta

**AdN**

Título original: *Rejection*

Primera edición: enero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2024 by Tony Tulathimutte

© de la traducción: Manuel Cuesta, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 979-13-87596-29-3

Depósito legal: M. 23.376-2025

Printed in Spain

*Para Jenny, Alice y Anthony*



# Índice

El feminista.....	13
Fotos.....	49
<i>Ahegao</i> o Balada de la represión sexual.....	115
Nuestro superfuturo.....	175
El personaje clave.....	209
Dieciséis metáforas.....	297
Re: <i>Rechazo</i> .....	303
Agradecimientos.....	315



«Pero más estimamos a aquellos que nos rechazan por indignos, pues nos añaden otra vida: construyen un paraíso ante nosotros con el cual no habíamos soñado, confiriéndonos así nuevos poderes que surgen de los recovecos del espíritu, e instándonos a nuevas e inauditas gestas».

RALPH WALDO EMERSON



## El feminista

---

Si le preguntas a qué instituto fue, le gusta presumir de que el suyo era, en realidad, un centro solo para chicas. Cosa que de algún modo es cierta: él era uno de los cinco alumnos varones de un colegio privado que había pasado a ser mixto justo antes de que él llegara. La gente siempre contesta: «Menuda suerte, ¿no? Te pondrías las botas...». Cosa que a él le irrita, porque da a entender que las mujeres solo saldrían con él si tuvieran pocas opciones y también porque él, en el instituto, no salió con nadie. (Cuando estaba en el penúltimo curso se enamoró de él una chica de dos cursos menos, pero a él no le atraía su sinuosa complexión y se sintió legitimado para rechazarla, como tantas veces lo habían rechazado a él).

Aun así, el colegio le inculcó, si no los valores feministas, por lo menos el *valor* de los valores feministas. Allí se consideraba *cool* —o en cualquier caso, no era nada anómalo— identificarse como asexual. Y aunque él no lo hizo, suponía que aquella era una etiqueta preferible a la de «virgen». Sus amistades, casi siempre chicas, le decían que daba gusto lo atento y confiable que era, para ser un chico. Agradeció, por lo demás, que le informasen de que es mejor no decir «hembra» al referirse a la especie humana; de que el sexismo también perjudica a los hombres —aunque obviamente jamás en la medida en que perjudica a las mujeres—, y de que ciertos

hombres se hacen pasar por feministas para pillar cacho. Cuando se graduó, se sentía un poco encogido por no haber besado a nadie nunca. Todo el mundo sabía, sin embargo, que eso de salir con chicas empezaba en serio en la universidad, donde nadie estaría al tanto de sus antecedentes.

Pero en la universidad se encuentra con el extraño sistema de los códigos y las maneras que rigen el flirteo, cuyos mensajes subtextuales le son tan perceptibles como la radiación ultravioleta. Que en el instituto le hablaran de positividad corporal y de normas de género y de la construcción cultural de la belleza lo había llevado a creer que los adultos no están obsesionados con el aspecto externo, lo cual resulta ser falso incluso entre sus nuevas amistades femeninas, que se quejan de lo superficiales que son los hombres. Ahora que ha cobrado conciencia de sí mismo, se da cuenta de que no puede competir conforme a los estándares convencionales de estatura, peso, vigor, lo que sea. ¿Cómo iba a poder atraer a nadie con esos hombros estrechos?

Las mujeres con las que intenta salir le ofrecen ser, en cambio, sus amigas. De ahí que la mayoría de sus amistades sean, una vez más, mujeres. No pasa nada: están en su derecho y, de todos modos, hay un montón de relaciones que empiezan siendo platónicas. (Sobre todo si el tío tiene los hombros estrechos...). Pero no tarda en surgir un patrón. La primera vez, cuando está a punto de irse de la habitación de su amiga —en la residencia universitaria de ella—, se sorprende a sí mismo diciéndole que oye, esto igual es un disparate —y ella puede, faltaría más, decir que no—, pero él se siente atraído por ella y, bueno, pues que si en algún momento querría a lo mejor salir con él... en plan *salir*. (Y se lo dice con voz distendida, normal). Ella suelta un «Vaya...» y se pone a decir que no tenía *ni idea* de que él sintiera eso, y que no quiere arriesgarse a estropear la relación tan bonita que tienen dándole mayor

importancia a *ese tema*: que ella cree que lo mejor será que sigan siendo solo..., y él se apresura a asegurarle que es una opción válida —absolutamente válida, de hecho—, que él sabe que la amistad no es ningún estatus inferior y que perdón por la ocurrencia, qué bochorno...

«¿Verdad que sí?», contesta ella. «De todas formas, eso de ligar y de “salir” está muy sobrevalorado y no tiene sentido en la universidad». Y añade que ella sabe que él sabe que encontrará quien le merezca, porque es un chico maravilloso; pero maravilloso *de verdad*, superconsiderado, inteligentísimo, no como esos machirulos de gorra ladeada que se apuntan a hermandades estudiantiles —aunque eso él ya lo sabe y no hace falta que ella se lo diga—, y eso es algo que ella valora un montón. Él entonces le da las gracias por hablarle así de abiertamente, porque eso demuestra que lo respeta. Y que no se preocupe, que lo ha entendido.

Vaya si lo ha entendido: casi le da un soponcio. Pero sabe que su rechazadora solo estaba intentando no herir sus sentimientos, porque los hombres con frecuencia reaccionan mal ante rechazos rotundos. Conque acepta las condolencias de la chica y aun las reformula hasta dejarla convencida de que se va a sobreponer. «¡Ah! ¡Menudo pagafantas estoy hecho!», dice sacudiendo los puños hacia el cielorraso; y ambos ríen y se abrazan y él vuelve caminando a su residencia universitaria al amanecer.

Se mete en la cama y suspira. Tiene claro que él ha sido en todo momento respetuoso, pero los halagos de la chica solo sirven para recordarle que ninguna de sus supuestas virtudes resulta lo bastante atractiva como para valerle una oportunidad (lo que vuelve tales virtudes fútiles). Sospecha también que han sido unos elogios... exagerados. Exagerados y un poco... ¿condescendientes? Por ejemplo, si ella no considerara la amistad un estatus inferior, no habría dicho que quería que siguie-

ran siendo *solo* amigos. Convenciéndolo a él de que se rechazara a sí mismo, ¿estaba simplemente sacándose de encima su propia culpa? Lo reconcome constatar esa asimetría, que ya conoce bien. Una vez más, es él quien tiene que aceptar, perdonar, aguantar, fingir que no está herido, fingir que ha dejado de esperar: todo ese trabajo emocional extenuante para preservar su propia dignidad y mitigar la culpa de ella... y también porque él no quiere estropear sus posibilidades de salir con ella en el futuro, ya que ella tiene derecho, después de todo, a cambiar de opinión.

Aun así, él respeta la decisión que ella ha tomado. Se levanta de la cama —siente la necesidad de comunicarse con ella y hacerle saber su posición— y escribe un largo correo electrónico *post mortem* en el que reconstruye cuanto había ocurrido desde el comienzo, asegurándole que él es consciente de que a nadie se le puede reprochar que no se sienta atraído por alguien e insistiendo —por si no hubiera quedado claro— en que sí, que él *está* interesado en ella, pero no es uno de esos falsos feministas que van por ahí poniendo a caldo a las mujeres que no consiguen follarse, conque perdón por mandarles un correo tan prolijo y tan cansino; nada más lejos de su intención que hacerla a ella responsable de su apuro: él lo único que quiere es no dejarse nada en el tintero. Le da a enviar.

Una hora más tarde, le manda un segundo correo: que si por favor le puede explicar un poco, solamente por curiosidad, *por qué* lo ha rechazado; que a él le ayudaría mucho saber eso. Y que si no habrá sido porque tiene los hombros estrechos, que eso a lo mejor supone una línea roja para ella. (Porque eso es algo que él no puede evitar, como ella sabe). O que igual ha sido alguna cosa concreta que él haya hecho o haya dicho. Porque en tal caso podrían tratar el tema, resolver cualquier posible malentendido. Él, de todas formas, se va

a sobreponer; confía en que todo esté en orden, y, si ella cambia de opinión en algún momento, sabe dónde encontrarlo.

Teniendo en cuenta el esfuerzo enorme que ha hecho por mostrarse vulnerable, se le antoja injusto —por no decir «grosero»— que ella al cabo de un día no le haya respondido. Con el temor de que tal vez sencillamente no lo haga, le escribe un tercer correo dejando claro que en modo alguno está obligada a contestar, aunque, si quiere hacerlo, a él le encantará conocer su perspectiva. Lo invade cierto enojo cuando ella nuevamente no responde, si bien se alegra de haberle dado esa opción. Al menos ha dicho todo lo que tenía que decir...

El mismo esquema exacto se repite cuatro o cinco veces con mujeres distintas. Luego, cuando refiere tales episodios —cosa que hace con tono ligero— a sus otras amistades femeninas, estas le aseguran que es un chico interesante, inteligente, atento, bien parecido... (Nunca dicen, sin embargo, «Estás bueno»). Le dicen que él no tiene ninguna tara. «Es rarísimo que no tengas novia», dicen intentando confortarlo con optimismo; como si fueran, por su experiencia romántica, expertas en la falta de experiencia romántica de él. Pero ellas resulta que no tienen experiencia en *no tener* experiencia... Él supone que incluso las malas relaciones son mejores que la ausencia de relaciones, pues lo preparan a uno para relaciones futuras. Y el desamor es algo romántico y decoroso, mientras que el rechazo simplemente lo convierte a uno en un fracasado. Salvo que las maltrataran, lo peor que podría pasarles sería verse en la situación de él...

Pero él no quiere compasión; él quiere no *necesitar* compasión. Todas sus amistades femeninas lo han rechazado en algún momento, aunque no siempre de manera explícita. Es más frecuente que, estando con ellas en algún lugar público, alguien de repente lo tome por el novio de la chica en cuestión, cosa que a él le proporciona un instante de dicha celes-

tial hasta que ella ríe, hace una pedorreta y exclama: «Madre mía... Tú verás... Qué disparate... Eso sería como *incesto*...». Pero él recibe esos insultos noblemente y luego, para consolarse, se masturba pensando que practica sexo incestuoso con ellas. A veces deja caer a sus amigas que por qué no le organizan citas con otras amigas suyas; pero ellas, por algún motivo, nunca terminan de animarse...

Decide que tiene que haber otras formas de distinguirse y resultar atractivo. Se centra en destacar académicamente en su grado de Estudios de Género, diciéndose que el estatus y el intelecto aumentarán su encanto. Pero igual que sucedía en el instituto, ni siquiera con los poquísimos varones que estudian ese grado se fijan en él, mientras que fuera de clase siguen siendo los tipos ricos, apuestos y de hombros anchos los que se llevan toda la atención.

Pero es que resulta que hasta los tíos horrorosos y feos pillan cacho... Sus amigas siguen saliendo con esos individuos de caras salpicadas de cráteres, modales zafios y poca higiene: mangarranes sin talento que se identifican por sus aficiones y gustos, reptiles salidos; unos guarros controladores y violentos. Hasta el compañero de habitación, homosexual, que tuvo el primer año, había tenido una novia en el instituto (antes de salir del armario). Y vale, igual todos esos tíos merecían recibir amor. Pero está claro que no más que él... En una fiesta en un piso, una amiga suya empieza a contar que la noche antes había vuelto a casa con un tío que le dijo que él únicamente quería dormir a su lado... y luego, hacia la una de la madrugada, la chica despertó y se lo encontró resollando mientras le eyaculaba en el muslo. Cuando le preguntó qué demonios hacía, el tipo contestó que lo había «arreatado la pasión animal pura» y que «no pudo evitarlo»... y ella todavía le dejó que se quedara. «En fin, que dentro de tres años probablemente estemos casados...», dice poniendo los ojos en blanco.

Él está a punto de insistirle en que no debería devaluarse a sí misma recurriendo al sarcasmo para suprimir el trauma, en que apenas la acaban de violar y no tendría que haber salido la noche inmediatamente posterior..., y se queda pasmado al constatar que todo el mundo —también ella— empieza a reírse. Él hace otro tanto, diciéndose que debe de tratarse de alguna parte catártica del proceso de curación. (Si bien a él se le antoja un caso claro de agresión sexual...). Más desconcertante todavía encuentra el hecho de que él, a esa chica, la hubiera invitado a salir anteriormente. Según eso, ¿un auténtico *violador* resulta más atractivo que él? Sigue callado cuando otra amiga dice: «Los hombres son una mierda». Y sí, de acuerdo: él entiende que se refieren al patriarcado y no a él en particular. Pero ¿por qué iba esa chica a decir eso teniéndolo a él *delante de sus narices*, salvo que él no contara como hombre para ellas? No queriendo parecer frágil ni impugnarles la opinión ni centrar la conversación en sí mismo, dice: «Uf, ya te digo. Somos una mierda *total*» y guarda el incidente de esa chica en un copioso archivo de injusticias, a modo de seguro o cobertura que poder exhibir como prueba de lo imperfecto de sus principios en el supuesto de que intentaran, en el futuro, reprocharle alguna cosa a él. También reflexiona para sus adentros que, si van a seguir saliendo con tíos gilipollas, pues qué esperan.

Luego, tras meditar a conciencia para asegurarse de que su preocupación por su amiga traumatizada es legítima, le escribe al móvil:

oye, ya sabes dónde estoy si necesitas hablar de lo que pasó, o simplemente ver telebasura juntos :) ¡cuando y donde tú quieras!

(Ella no responde).